

LA ALTERNATIVA HUMANISTA PARA LA EDUCACIÓN SUPERIOR DEL SIGLO XXI

Lucía Aguirre* y
Alberto Odriozola**

Introducción

El umbral del tercer milenio toma al mundo por sorpresa y todavía, a pesar de las experiencias del siglo que termina, han ocurrido en los últimos años una serie de sucesos que vertiginosamente han planteado condiciones distintas en el proceso de globalización, en donde se conjuga la revolución tecnológica con la primacía del capitalismo neoliberal; se ha hablado de un cambio civilizatorio. Lo que inquieta es la orientación. La humanidad ha sido testigo de la caída del muro de Berlín, de la desaparición de la Unión Soviética, de la “tormenta del desierto” mostrada en vivo por televisión, de los horrores de la antigua Yugoslavia; eventos que han puesto de manifiesto lo que la intransigencia étnica, religiosa, cultural y los fanatismos son capaces de lograr, por repetidas ocasiones, a lo largo de la historia reciente y remota. Parecería que el aprendizaje de la condición específicamente humana es una lección difícil para la humanidad, que todavía no se ha hecho cargo de su destino de una manera consciente. En esta visión hay un acento en los aspectos negativos.

Hay balances del siglo más objetivos que presentan de manera clara las contribuciones hechas en el campo de la ciencia y la tecnología, lo que ha permitido, por ejemplo, que muchos más hombres y mujeres alcancen niveles de bienestar en lo material y en lo cultural.¹ Sin embargo, no deja de resultar

inquietante el saldo negativo que se presenta en forma piramidal en cuanto al ejercicio del poder, la distribución de la riqueza y la oferta educativa; estas características se traducen en los modos de relación, tanto a nivel macrosocial como en los espacios de la vida cotidiana.

La globalización desarrollada en los últimos tiempos genera una faceta de gran competitividad² y miles de personas sufren la amenaza de quedar excluidas del crecimiento que parece llevar la tendencia de beneficiar sólo a pocos.³ Ante esta revolución concentradora y excluyente, como la concibe Gorostiaga, se plantea la necesidad de buscar la posibilidad de una forma de desarrollo incluyente⁴, cuya prioridad debe ser satisfacer las necesidades de las mayorías.

Frente a esta situación se vive una confrontación de paradigmas,⁵ que como lo anunciaba ya Khun no presenta transiciones fáciles: el mundo parece debatirse entre el afán material y los requerimientos de una posición más receptiva del otro, empática con los que carecen y sufren.⁶

Ferguson plantea la conspiración de acuario—un acuerdo tácito entre los que pretenden intervenir mediante la resistencia ante las condiciones actuales o a través de la generación de opciones— como una de las alternativas ante el cambio de coyuntura mundial, pero parece que entre la disyuntiva de ver por sí mismos y ver para los demás, la humanidad, o por lo menos la parte dominante de ella, ha

* Investigadora del Instituto de Investigación y Desarrollo Educativo de la Universidad Autónoma de Baja California y coordinadora de la maestría en Ciencias Educativas de la Universidad Iberoamericana Noroeste.

** Coordinador del posgrado en Ciencias de la Educación y director de proyectos de investigación en la Universidad Iberoamericana Noroeste.



Paraiso, Tabasco.

optado por la primera alternativa y pareciera que ante este embate que cobra fisonomía neoliberal, los seguidores del humanismo tuvieran que hacer un esfuerzo redoblado para actualizarse y ofrecer propuestas ante un mundo que en ciertos sentidos parece unificarse en masas hasta la pérdida de la identidad y paradójicamente, por otro lado, deja a los individuos a la deriva en su soledad.

En este contexto global que plantea el enaltecimiento de la competencia sobre la colaboración, la primacía de los intereses personales y sobre todo la concentración de los bienes materiales y culturales en una elite privilegiada, la alternativa humanista firmemente enraizada en la tradición de la cultura occidental, se presenta como una vía renovada para recobrar la dimensión racional y solidaria que permitiría trascender por fin la condición de la barbarie.

El humanismo ha tenido un largo recorrido histórico y en cada fase de desarrollo ha mostrado características diferentes. Es posible hablar de varios humanismos y en el mundo contemporáneo han sido abundantes los

debates relacionados con el alcance del enfoque. Al respecto, se ha presentado una interesante polémica compilada por Mateson.⁷ Hay una corriente inspirada en el pensamiento de Marx en su etapa de juventud que prestaba atención a la enajenación o alienación, que ha desarrollado Fromm⁸ en el humanismo socialista, lo que centra el interés en el problema de la toma de consciencia y así se abre espacio para el quehacer educativo. También Sartre⁹ ha definido al existencialismo como un humanismo; y en medio de todo esto cabe reformularse la cuestión como lo hace Giralt: ¿cómo volver a dar sentido a la palabra humanismo?¹⁰

Por supuesto que no es nada más un asunto que comprometa a una cierta especulación de orden filosófico sino que abre la interrogante sobre el futuro de la especie. Si se imagina en una tendencia al futuro la conjunción de la explosión demográfica, la exaltación del consumismo, la sofisticación de la capacidad bélica, la destrucción del medio ambiente y la explotación, se hace patente que es la mera supervivencia lo que está en juego. La cuestión cobra tal relevancia que ha llevado a una

reconsideración de lo que podría ser una alternativa humanista que permita una salida ante la crisis actual.

En este punto de la evolución es posible inquirir si es viable confiar en una transformación del conocimiento, la cultura, los valores y la ciencia, de tal manera que pueda esperarse un cambio significativo en lo más profundo del corazón del ser humano como lo propone Fromm.¹¹

Para González Garza, la cultura no debe reducirse a la capacitación en diversas áreas del saber humano, sino que conlleva una formación integral en un proceso vital de crecimiento,¹² que nosotros entendemos como un desarrollo de las capacidades permanente, integrado en la vida cotidiana; en esta constante superación de la persona quedan incorporados los conocimientos con los valores, las destrezas y las habilidades, de tal manera que en este proceso de hacerse el ser humano a sí mismo se transformen las estructuras sociales hacia otras más justas y humanas. En este sentido el aporte humanista en la educación cobra su justa dimensión y aparece como la alternativa a la crisis actual de valores.

A lo largo de la historia el significado atribuido al término humanismo, tema eterno, ha variado de acuerdo a diferentes concepciones de lo que constituye la esencia humana, la naturaleza del ser humano. La recuperación de estas transformaciones es complicada ya que llama a una revisión de las condiciones en que se ha conformado una idea del ser humano, derivada de coyunturas socioculturales específicas. Así, el humanismo presenta un movimiento ondulatorio, en donde a veces aflora a un primer plano, y a veces queda relegado por fuerzas que han sido catalogadas de "antihumanistas".

Actualmente el término humanismo se utiliza para indicar toda tendencia de pensamiento que afirme el valor, la dignidad del ser humano, que muestre un interés primario por la vida y la posición del ser humano en el mundo. Con frecuencia, dichas concepciones derivan de consecuencias en el campo práctico, en donde se indica a los seres humanos una serie de acciones que ponen de manifiesto su humani-

dad. También se ha usado para denotar la etapa previa al Renacimiento italiano y posterior a la Edad Media, y actualmente se tiene una visión globalizante.¹³

La historia occidental del humanismo

En la historia del pensamiento occidental las raíces de las preocupaciones humanistas se remontan al período de la cultura grecolatina. Para los griegos el humanismo significaba una educación o *paideia* sobre la base de normas que coincidían con la esencia humana que descansaba sobre la naturaleza y que traspasa la totalidad del ser humano, para englobar alma y cuerpo. Tiene la orientación a la *philantropia*, convivencia y amor, en el contexto de la naturaleza y la sociedad. Era obligación del hombre conocer la esencia de lo humano y realizarla.

Sin embargo, no es sino el pensamiento romano de la República cuando se plantea el tema de la *humanitas*. Tanto es así, que se ha considerado a Cicerón¹⁴ como el creador del término, que expresa en esta ocasión, una oposición al bárbaro, que el hombre alcance su esencia, sea humano, permanezca alejado de lo inhumano.

El periodo del medioevo cristiano ha sido descrito como una etapa oscurantista, en donde la tierra es el lugar de la culpa y el sufrimiento, valle de lágrimas en el que la humanidad ha sido arrojada por el pecado de Adán; los deseos mundanos de los hombres no son sino locura y soberbia, y sólo puede aspirar al perdón de un dios lejano en su perfección. La concepción de la historia y de la imagen del universo responden también a esta visión teológica que se materializa en la organización social.

La posición humanista es opuesta a esta percepción; en un esfuerzo por renovarse se vuelve a las nociones grecolatinas, para procurar un re-nacimiento, una distancia a la barbarie medieval. Este fenómeno se presenta inicialmente como un fenómeno literario. Los textos antiguos redescubiertos muestran figuras humanas de fuerte personalidad, orientadas a la acción, que no huyen ni desprecian al mundo sino que viven en la sociedad

humana y ahí luchan por construir su propio destino. Ahora el instrumento educativo está dado por los grandes clásicos de la cultura latina, pero no como un fin en sí mismo sino que los *studia humanitatis* son un vehículo para la educación de la personalidad, para el desarrollo de la libertad y la creatividad humanas y de aquellas cualidades que sirven para vivir felizmente y con honor en la sociedad de los hombres.

El humanismo renacentista estaba dominado por dos corrientes: la de los eruditos, que buscaban el ideal de su tiempo en los clásicos grecolatinos, por un lado, y los que van en pos de un hombre nuevo sobre la base de un ataque de los valores medievales, por el otro. Cobra fuerza una concepción que rompe con todo determinismo y coloca a la esencia humana en la dimensión de la libertad. Aparece con toda claridad el ideal humano: un hombre superior, que supera la naturaleza de los hombres comunes, y se construye, por elección, una segunda naturaleza, mejor.

Corrientes humanistas contemporáneas

En el siglo XX se desarrollan tres orientaciones humanistas: las que derivan del marxismo, las de inspiración cristiana y las de filiación existencialista.

El humanismo marxista

En la etapa posterior a la segunda guerra mundial, el marxismo soviético al estilo de Stalin recibió severas críticas, al mostrarse como una despiadada dictadura. Se desarrolla como alternativa una nueva interpretación del pensamiento de Marx, a través de un grupo heterogéneo de filósofos. Se asiste a una confrontación, a partir de los años cincuenta entre el "marxismo ortodoxo" y una concepción del marxismo considerada como humanista.

Para Marx la característica fundamental del ser humano, su especificidad, es que es capaz de transformar la naturaleza por medio del trabajo. También considera que sólo puede realizarse en sociedad, es un *zoon politikon* en su sentido más literal. De este planteamiento se

derivan dos consecuencias: el hombre no posee una esencia que pueda ser determinada de manera abstracta y estática, sino históricamente, en el flujo de la organización social, y mientras no se organice solidariamente el trabajo, el hombre estará condenado a la alienación o extrañamiento del hombre mismo, de la sociedad, de la especie, de la naturaleza.

Marx ha sido el filósofo de su tiempo que con más vigor ha denunciado la alienación y la cosificación del hombre, su deshumanización en un mundo trastornado; esto se pone de relieve en su indignación por la explotación del proletariado industrial, su desprecio por la hipocresía y el abuso de la clase burguesa, su llamado a la praxis consciente para la transformación de la realidad.

En el caso del marxismo aparecen casi simultáneas desde su origen dos interpretaciones: una de intención científica, identificada con el pensamiento de Marx en su madurez, en donde el hombre corre el riesgo de ser considerado como objeto, al quedar subsumido en la estructura social, que le precede y se le impone; esta corriente es defendida por pensadores como Althusser.

Hay otra interpretación, de corte humanista, identificada sobre todo con el pensamiento de Marx en su juventud, que a partir de una crítica a una sociedad burguesa establece una confrontación con un sistema de valores considerados como superiores. Esta línea de pensamiento es desarrollada en la obra de Fromm, y bajo su liderazgo se hacen las aportaciones que aparecen en el trabajo "Humanismo socialista".¹⁵

El humanismo cristiano en México

El humanismo es una de las raíces más hondas y fecundas, uno de los elementos vitales y específicos que han plasmado la configuración espiritual y han contribuido a formar la cultura mexicana. Esta tradición humanista se inicia en la Nueva España del siglo XVI y se mantiene hasta el México contemporáneo.

Figuras humanistas del Renacimiento como Erasmo de Rotterdam, Vives y Moro ligados entre sí por lazos de amistad y por el apego a



Pulperos, Campeche.

los clásicos y al ideal humanista, influyen todos en los orígenes del humanismo en el país, a través de figuras como Fray Juan de Zumárraga, Francisco Cervantes de Salazar y en Vasco de Quiroga.¹⁶

Los humanistas docentes aparecieron pronto en la configuración de la nueva realidad colonial, aún antes que la primera universidad, en 1553 como maestros de latín, tanto de indígenas como de criollos. Los estudios humanísticos recibieron un poderoso impulso al llegar los jesuitas y fundar en 1574, dos años después, el colegio de San Pedro y San Pablo, también conocido como Colegio Máximo de México, o Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, en el corazón de la Ciudad de México.

La labor de la Compañía de Jesús y su visión humanista no puede dejarse de lado al hacer un análisis de la formación de la cultura nacional, entendida ésta en el más amplio sentido, en donde se incluyen prácticas cotidianas, ciencia, valores y normas y el desarrollo de una identidad propia.¹⁷

En la interpretación de Gonzalbo¹⁸ las ideas pedagógicas del Renacimiento adquirieron un carácter pragmático, para transformarse en

recursos al servicio de un interés superior de índole religiosa. Por ejemplo, el amor al mundo grecorromano llevó a la forma del estudio académico del latín y del griego; otro ejemplo es que la disciplina en la enseñanza se identificó con la obediencia incondicional a maestros y superiores. En opinión de quienes esto escriben, los jesuitas lograron representar mejor que nadie el espíritu de la Contrarreforma y ninguna otra institución o congregación ejerció una influencia tan amplia y profunda en esa época. La Nueva España presentaba problemas y contradicciones derivadas de su complejidad cultural, su subordinación a intereses remotos y el afán de búsqueda de una identidad. En ese escenario, los jesuitas cobraron un papel mucho mayor que el de maestros experimentados: en sus aulas germinó el criollismo, en las misiones del norte se incorporó a los indios al sistema económico y social, propio de la vida colonial, finalmente, en los confesionarios y en los cursos de moral, se impuso una nueva concepción del cristianismo personal reflejado en el prototipo de hombre trabajador, caritativo, consciente de sus obligaciones, conforme con

su pertenencia a un cierto grupo social y útil a la comunidad.

Las directrices educativas que se dieron durante los primeros cincuenta años de vida colonial se mantuvieron hasta el movimiento de la Ilustración, afines del siglo XVIII, y los jesuitas fueron nuevamente los responsables de incorporar la modernidad del siglo de las luces a la ortodoxia católica y de admirar los logros de la "razón" sin abandonar la fe. Así habría de configurarse ese destino de la Compañía de Jesús en la educación: por un lado anclados en la tradición y por el otro dando fisonomía a la innovación.

A partir de 1767 se dio una mayor participación real en la educación y en 1770, tres años después de la expulsión de los jesuitas el gobierno ordenó a las universidades que presentaran nuevos planes de estudios en cuarenta días, como una de las varias medidas que se tomaron para tratar de limitar la autonomía universitaria.

El vacío en la educación que existió cuando se clausuraron colegios jesuitas en 21 ciudades novohispanas fue llenado por agustinos, franciscanos y, como había recomendado Carlos III, se autorizó a estas órdenes religiosas para que los estudios que impartieran fuesen incorporados a la universidad.¹⁹ La labor de la Compañía de Jesús y su visión humanista no puede dejarse de lado al hacer un análisis de la formación de la cultura nacional, entendida ésta en el más amplio sentido, en donde se incluyen prácticas cotidianas, ciencia, valores y normas y el desarrollo de una identidad propia.¹⁹

El humanismo cristiano contemporáneo

Un intento de acercamiento al mundo moderno se concreta por León XIII, cuya encíclica *Rerum Novarum*, de 1891, constituye un documento fundamental. Se proponía una doctrina social, capaz de oponerse al liberalismo (al invitar a las clases pudientes a ayudar a los más débiles) y al socialismo (para lo que reafirmaba el derecho a la propiedad privada, pero haciendo un llamado a la solidaridad de las clases en pos del bien común y a la responsabilidad recíproca entre individuo y sociedad).

En la época contemporánea, después de la primera guerra mundial se pretende volver a proponer al mundo los valores cristianos, debidamente actualizados mediante el humanismo cristiano entre cuyos representantes resalta Jacques Maritain, cuya propuesta se consolida en el humanismo integral.²⁰ En este enfoque del humanismo se examina la evolución del pensamiento moderno desde la crisis de la cristiandad medieval al individualismo burgués del siglo XIX y al totalitarismo del siglo XX. En esta perspectiva se analizan las consecuencias de un humanismo antropocéntrico, surgido a partir del Renacimiento que ha llevado a una progresiva descristianización de Occidente, la libertad que carece de la gracia. A medida que la razón sustituye a Dios y el saber científico se extiende, la crisis interna del hombre se hace más profunda, pero la soberbia de la razón ha generado por sí misma su destrucción; el racionalismo de Descartes y de Rousseau había creado "una imagen altiva y espléndida de la personalidad del hombre, celosa de su inmanencia y de su autonomía y buena por esencia"²¹ primero la teoría de la evolución darwiniana y después el desarrollo del psicoanálisis han asestado golpes mortales a la visión optimista y progresista del humanismo antropocéntrico. El acento en la evolución a partir del reino animal, la importancia concedida a la competencia para la supervivencia, por una corriente, y el reconocimiento de motivaciones inconscientes para el comportamiento humano y la lucha entre las fuerzas sexuales y de destrucción que expone el psicoanálisis, ponen en tela de juicio la claridad de la razón humana. A estas nociones se opone el humanismo cristiano, en donde la persona, con aspiraciones connaturales y transnaturales, tendrá la tarea de reconstruir una cristiandad renovada que pueda volver a conducir a la sociedad profana por los senderos del Evangelio y sus valores imperecederos.

El humanismo existencialista

Esta corriente humanista está representada principalmente por Jean Paul Sartre, quién después de la segunda guerra mundial permeó el ambiente cultural francés con el

existencialismo, que él difundió a través de su obra como filósofo, como escritor y con su *engagement* o compromiso político-cultural.

Recibió la influencia de la escuela fenomenológica que centró su preocupación en el análisis de la intencionalidad de la conciencia humana y su trascendencia hacia el mundo de las cosas, al que la conciencia hace referencia, pero por el que se ve limitada.

El ser humano es contingente, está destinado a morir, arrojado al mundo sin haberlo elegido, en situación, tiempo y lugar dados, con un determinado cuerpo y en una determinada sociedad, interrogándose, "bajo un cielo vacío".²² Lo que caracteriza a la realidad humana no es una esencia preconstituida, sino precisamente el existir, con un incesante preguntarse sobre sí misma y sobre el mundo, con su libertad de elegir, con su proyección hacia el futuro, con su ser siempre más allá de ella misma, lo que genera la angustia. Sus argumentos delatan el afán de la burguesía de huir de la angustia generada por la conciencia. El existencialismo ateo de Sartre lleva a un desarrollo del propio Sartre, quién en su trabajo "El existencialismo es un humanismo"²³ se reformula, para dejar en un lugar central al hombre y su libertad, pero además invoca al compromiso militante en la sociedad y la lucha contra toda forma de alienación y de opresión. El hombre que se descubre a sí mismo inmediatamente descubre "al otro" a los demás y así la subjetividad, trae inmediatamente aparejada la intersubjetividad. Criticado por los burgueses, por los católicos y por los marxistas, Sartre recibe la más fuerte reprobación de Heidegger, su inspirador.

Críticas al humanismo

Las críticas al humanismo han provenido de dos áreas de pensamiento fundamentalmente: una de ellas es el estructuralismo y la otra es la proveniente de Michael Foucault,²⁴ en estos últimos tiempos.

El estructuralismo, representado por pensadores de diversas disciplinas no es una escuela propiamente, sino una manera de pensar, en la que se privilegian los sistemas por sobre las personas. Con este enfoque en común encon-

tramos a autores dentro del campo de la antropología, de la crítica literaria, del psicoanálisis freudiano, o la investigación historiográfica. Este heterogéneo grupo de investigadores comparten un rechazo hacia el subjetivismo, el historicismo y el humanismo, que son el núcleo central de las interpretaciones fenomenológicas y existencialistas. Los estructuralistas buscan las relaciones constantes y sistemáticas que existen en el comportamiento humano, a las que llaman estructuras. La investigación estructuralista tiende a hacer resaltar lo inconsciente y los condicionamientos, en vez de la conciencia o la libertad.

Sin negar la importancia de las contribuciones estructuralistas, la posición que aquí se defiende es que justamente al develar estas estructuras, de la toma de conciencia, surgirá un sujeto con conocimiento de sí y capaz de tomar su destino con su propia mano, tanto individual como colectivo.

Para Foucault no existe un pensamiento verdaderamente libre sino que siempre se piensa en el interior de un pensamiento anónimo y constrictor que es el de una época y un lenguaje.

El nuevo humanismo

Los humanistas contemporáneos reconocen su trayectoria histórica, aspiran a una nación humana universal, comprenden globalmente al mundo y actúan regionalmente, no desean un mundo uniforme sino que reconocen la riqueza de la multiplicidad, buscan el mejoramiento de la vida, luchan contra la discriminación, el fanatismo, la violencia y la explotación; en un mundo global se debe propiciar una acción plural y convergente: debe existir un humanismo capaz de impulsar la recomposición de las fuerzas sociales; en un mundo en donde se perdió el sentido y la dirección de la vida hay que replantear un humanismo que no oponga de modo irreductible lo personal a lo social.

Se ha propuesto que la actitud humanista no es exclusiva del pensamiento occidental, aunque no se le conozca bajo esa denominación. Pero las actitudes humanistas tienen en común las siguientes características:

- Ubicación del ser humano como valor y preocupación central.
- Afirmación de la igualdad de todos los seres humanos.
- Reconocimiento de la diversidad personal y cultural.
- Tendencia al desarrollo del conocimiento por encima de las verdades consideradas como absolutas.
- Afirmación de la libertad de ideas y creencias.
- Repudio a la violencia.
- Relación consciente con la naturaleza.

Es claro que desde su origen el humanismo ha estado vinculado a la educación en donde ésta se vislumbra como la vía o el recurso idóneo para contribuir en la formación del ser humano del porvenir.

La educación superior del siglo XXI reclama una formación humanista en la que ubique a la persona humana como centro de sus preocupaciones, se enfatizan las semejanzas con las personas en vez de las diferencias, se abra la perspectiva hacia la pluralidad, se promueva el dominio del aprender a aprender, se favorezca el uso de la libertad responsable, se viva el compromiso solidario con los demás particularmente con los más necesitados y se desarrolle una conciencia ecológica que conduzca a la reconciliación de la persona con la naturaleza.

Finalmente, el humanismo retoña vigoroso en este fin de siglo y se convierte en un punto de convergencia de varias disciplinas: desde la antropología filosófica se desarrolla la propuesta de la escuela de Barcelona,²⁵ en el campo de la psicología cobra aliento la "tercera fuerza", en la teoría social se abre espacio la corriente habermasiana con énfasis en la crítica y la acción comunicativa, desde la ciencia y la tecnología se plantea la necesidad de anteponer al *homo sapiens* sobre el *homo faber*, en el quehacer económico se abren las interrogantes de los límites y alcances del crecimiento neoliberal. En todos los frentes de desarrollo se deja sentir la necesidad de contribuir al surgimiento del ser humano acorde con el momento histórico y actor principal de su propio devenir.

Notas

1. Lafarga J. "Año 2000. Modelo educativo de la Compañía de Jesús en México", en *Jesuitas de México*, núm.12, México, 1997, pp.27-30.
2. Cervantes, E. "Globalización y procesos regionales", en *Nexos*, núm.239, México, 1997, pp. 59-97.
3. Gorostiaga, X. "La Universidad preparando el siglo XXI", en *Magistralis*, núm. 4(8), Puebla, 1995, pp.19-48.
4. Fuentes, C. *Por un progreso incluyente*, IEESA, México, 1997.
5. González Garza, A. M. *La colisión de paradigmas*, UIA, México, 1995.
6. Khun, T. *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 1986.
7. Matteson. F. *Conductismo y humanismo, énfocos antagónicos o complementarios?*, Trillas, México, 1984.
8. Fromm E. *¿Tener o ser?*, FCE, México, 1984.
9. Sartre, J.P. "El existencialismo es un humanismo", en *Quinto Sol*, México, 1990.
10. Giralt, P. "¿Cómo volver a dar sentido a la palabra "humanismo"?", en *Revista de Filosofía*, núm. 82, 1995, pp.1-88.
11. Fromm E. *Humanismo socialista*, Paidós, Barcelona, 1984.
12. González Garza, A.M. *Op. cit.* 1995.
13. Pulleda S. *Interpretaciones del humanismo*, Plaza y Valdés, México, 1996.
14. Citado en Abbagnano, N. *Historia de la pedagogía*, FCE, México, 1984.
15. Fromm, *Op. cit.*, 1984.
16. Citados en Méndez, G. *Humanistas mexicanos del siglo XVI*, UNAM, México, 1994.
17. Gonzalbo, P. *El humanismo y la educación en la Nueva España*, SEP, México, 1985.
18. Tanck de Estrada, D. *La ilustración y la educación en la Nueva España*. SEP, México, 1985.
19. Herrejón, X. *Humanismo y ciencia en la formación de México*, El Colegio de Michoacán/CONACYT, México, 1984.
20. Sartre, J.P. *Op. cit.*
21. Maritain, Jacques. *Humanismo integral*, Lohlé-Lumen, Buenos Aires, 1996, p.31.
22. *Idem.*
23. Sartre, J.P. *Op. cit.*
24. Citado en Giddens, A. y Turner, J. *La teoría social, hoy*, Alianza Editorial Madrid, 1990.
25. Colom, A. y J.C. Melich. *Después de la modernidad: Nuevas filosofías de la Educación*, Paidós, Barcelona, 1994.

Otras referencias

- ALTHUSSER, L. *Los aparatos ideológicos de Estado*, Progreso, México, 1970.
- CHÂTEAU, J. *Los grandes pedagogos*, FCE, México, 1982.
- FERGUSON, M. *La conspiración de Acuario: Transformaciones personales y sociales en este fin de siglo*, Kairós, Barcelona, 1990.
- MARITAIN, J. *Humanismo integral*, Lohlé-Lumen, Buenos Aires, 1996.